

ALEGRÍA, AMOR, LIBERTAD

Notas poiéticamente educativas

JOY, LOVE, FREEDOM
EDUCATIVE, POIETICALLY NOTES

Jacqueline Zapata Martinez

Doctora en Psicología. Profesora Investigadora de la Universidad Autónoma de Querétaro (México).
jakiez@prodigy.net.mx jackiezapata21@gmail.com

Resumen

Este texto pone el acento en la tonalidad *poiética*, creativa, que impregna a la tarea de educar, un matiz que brilla sobre el fondo de la alegría de vivir, de crear, lo cual adviene con la libre asunción de ser, de sentir, de pensar, de aprender, de dar. Asunción plena que sólo puede darse sobre ese fondo inagotable que es el amor, de benevolencia, el amor honesto que busca y procura el bien de los demás. Educar, aprender en la alegría abre, expande el horizonte del amor y la libertad. Educar es *poíesis*, y ese horizonte que maravilla es su fondo. De ahí que aquí se resalte el carácter sabio de una alegría que se cultiva y que, a la par, implica el cuidado de sí; el amor como la condición indispensable para educar(se); y la libertad cual elemento esencial en el que el ser humano no sólo *es*, sino que se *da*. En suma, este texto invita a responder –educativamente hablando– a la urgencia de recuperar en sentido profundo el tesoro de quien puede ser, cada vez, al decir, al dar-se la opción de re-encontrar su gracia, su gloria, lo cual sí que se comparte con los demás.

Palabras clave: *Educación, amor, alegría, libertad*

Abstract

This text focuses on the poietic, creative aspect which the task of educating involves, a nuance that shines over the bottom of the joy to live, to create, which comes with the free assumption of being, of feeling, of thinking, of learning, of giving. Complete assumption that is only given in that endless source called love, of benevolence, true love that looks for and makes sure the well-being of others. To educate, learning in joy, opens, expands the horizon of love and freedom. To educate is *poíesis*, and that horizon that wonders is its bottom. From this, it is remarked the wise feature of a joy that is cultivated; and, at the same time, oneself care is implied. Love as the essential condition to educate (oneself), and freedom as an indispensable element in which human beings not only exist, but surrender to others. All in all, this text invites to respond (in terms of education) to the urgent need of recovering in profound sense the treasure of whom can be, each time, as he speaks, as he gives the option of re discovering his grace, his glory. All which, in fact, can be shared with others.

Key words: *Education, love, joy, freedom*

Educar y aprender son tareas *poiéticas*, creativas, solidarias, simétricas, recíprocas. En efecto, no se dan la una sin la otra. Educar es educar-se, constituirse a sí en tanto que artesano de la belleza de la propia vida. Aprender es enseñar-se la espléndida opción de cuidar de sí y del otro. Educar, aprender, ocuparse de sí, es lo propio del ser humano, cuyo quehacer, más originario, es llegar a serlo. Entonces

son tareas de vida, faenas para las que no existe retribución material que las alcance. En efecto, se hacen por puro gozo, cristalizan en y por la alegría de vivir. Y sí, este es su ambiente, su fuente inextinguible.

Educación, aprender en la alegría es para lo que el ser humano adviene al mundo. No hay que olvidarlo. Al respecto vale recordar que el ser humano es amor, porque de él proviene, por él es, por él se *da* la oportunidad de serlo cada vez. Si no fuese tal, no sería humano, sería simplemente un ejemplar de especie, incompleto, inhumano, autorreducido a cosa, esto es, a mera entidad física, bioquímica, psíquica o social. El ser humano es amor, su tarea básicamente es llegar a saberlo, a encontrar su sentido, su gracia, su gloria.

El ser humano es amor, viene al mundo por amor y está hecho para el amor. Esto es algo contundente, y es bueno recordarlo porque así reencontramos que los efectos de este *factum* son la alegría y la felicidad. La buenaaventura en sí. Y si el ser humano es el compromiso ineludible de la educación; su núcleo, su sentido, su para qué, entonces educación, aprender en la alegría es corresponder a lo más propio de sí. Y el amor humano, recordamos con Lerma (2002) es siempre muestra de libertad, elección generosa por la que se procura el bien de los demás. En otras palabras "... educación en la alegría es educación para el amor y la libertad."¹

“Educar en la alegría”

Toda educación, por serlo, de acuerdo con Lerma, tiende de algún modo a la alegría. En efecto, la educación que es tal impregna sus objetivos, sus medios y todo su entorno de gozo filial, de franca alegría. Entonces esta se torna en nota esencial de la tarea educativa. Cuando la alegría da forma al ambiente educativo, ésta sí que arraiga en cada ser, lo revitaliza. Y así, ni la tensión, ni la fatiga, ni el hastío, menos la tristeza, notas características del *modus vivendi* de una humanidad que no acaba de entenderse, pueden hacer presa de sí.

La alegría, tienen un sentido sano, de modo que no puede confundirse con un anestésico momentáneo del corazón, del espíritu humano. No es algo trivial, tampoco es mera perturbación hormonal, ni sentimiento elemental o simple bienestar, menos loco delirio. La alegría, apreciamos con Lerma, es algo más íntimo, que envuelve en la serenidad, y, a la par, hace rebozar de gozo. La alegría permite afrontar la tristeza que tiende a predominar en este mundo, en el que ha podido ser tal al aburrimiento que hasta sus grandes tragedias han podido convertirse en espectáculo. La alegría pudo, puede, podría transmutar esta tendencia de triste diversión.

La alegría es la que nos deja o ha de dejar amar apasionadamente a este mundo con sus miserias y tragedias.² El fin de este amor no podría más que tender al intento, aunque sea mínimo, de mejorarlo, de hacerlo alegre, serenamente alegre.

¹ Esta tesis de Lerma nos parece hermosa, espléndida, de ahí que intentemos en este texto proseguirla. Para ello dividiremos la proposición en dos partes: “educación en la alegría” y “educación para el amor y la libertad”, mostraremos el juego alegórico que trae consigo la primera parte prosiguiendo, con matices propios, su lectura. La alegoría de la segunda parte la seguiremos a través de la magnífica obra *Ética del quehacer educativo* de Carlos Cardona. Proseguir esas tesis tiene como finalidad vincular la tesis de nuestro texto “XXX” con la composición proposicional que ya en conjunto resulta, para ello iremos entretejiendo, en lo particular, los hilos que correspondan.

² Un mundo que como Nietzsche vio está en perpetuo flujo pasando de lo frío, rígido y tranquilo a lo ardiente, desenfrenado y contradictorio; de la abundancia a la carencia, de lo contradictorio a lo armónico. Un prodigio de fuerza, un océano de energía al que cabe abrazar con un <sí> amoroso, justo para crear y preservar el ambiente que sí deja crear: el ambiente de paz.

Una posibilidad que ha de asumirse por responsabilidad no por vanagloria, ya que se trata del compromiso de acentuar —como hizo espléndidamente Nietzsche (1996) - el valor de la vida misma. Acentuación a la que es intrínseca la liberación de lastre del espíritu de pesadez. Es la responsabilidad y el compromiso de cantar la vida y la libertad.

Cántico jubiloso. Cántico de plenitud. Cántico de afirmación, de aceptación de la vida y el mundo como son, que los bendice eternamente en un sentimiento desbordante de alegría, al decir de Nietzsche, recordamos con Suances (1999). Bendecir las cosas es estar sobre ellas como en el propio cielo. La plenitud, la infinita afirmación de la vida es también la afirmación del dolor (del mundo) y la lucha. Sí, la alegría aún es posible. Ella adviene no por necesidad, sino por una cierta excedencia de ser, justo por lo cual la comprensión del mundo en el que el ser humano es, puede darse.

Es así, porque “la alegría no es algo abstracto o puramente conceptual.” (Lerma, 2002:59). Es una nota íntima, es luz sagrada que está a nuestro alcance como vivencia, recuerdo o esperanza. Justo las situaciones que nos re-unen, que quiebran las distancias. La alegría —seguimos la lectura de Lerma- puede aparecer de modos muy distintos. Ordinariamente llega de modo inesperado, espontáneo, cual brisa o torrente que irrumpe, “... de prisa. Atropellada, loca. Bacante, disparada del arco más casual... Riente, todo lo baña de luz, todo lo inunda de música.” (Salinas, 1998, en Lerma 2002:59).

Sobre esa alegría atropellada y loca no se tiene control y, para ser precisos, advertimos con Lerma, su existencia poco o nada tiene que ver con la educación. Esta alegría se recibe cuando viene y no queda más que resignarse cuando se va. Ella es fruto del temperamento, del clima, del carácter, de una situación momentánea o de una noticia. También esta alegría puede provenir de una vida joven y sana, de un presente venturoso y futuro promisorio, aunque independientes de unos méritos propios. Siendo así, no está en nuestras manos retenerla: la fortuna y el vigor se diluyen.

Efectivamente, sin una formación seria y profunda -no procedente, por ende de la simple instrucción, capacitación, escolarización, o enculturación- una alegría casual se vuelve vulnerable, desaparece antes de preverlo. Empero, hay otra alegría, esta sí que profunda, y es a la que desde el comienzo nos estamos refiriendo. Su fuente no es el azar o unas circunstancias de momento favorables. Es la alegría cuyo hontanar se halla, ahí donde y, por lo que el ser humano piensa, siente, decide, ama.

Esta es una alegría sabia, pensada, sentida “... voluntariamente cultivada a golpe de libertad, con un valor educativo real.” (Lerma 2001:60). La creación decidida —y continua- de momentos lindos, sanos cuyo efecto sea la alegría, hará mella en el alma, disponiéndola para nuevos momentos de tal calibre. Y así el espíritu humano pueda irradiar, volviendo a ocupar su lugar¹ en cada ser. Este cultivo que es justamente el cultivo de sí lleva a contemplar afirmativamente la vida. Y más aún, permite recrearla, enaltecerla.

La alegría que es sabia es la sabia virtud² de ser alegre. Es esta virtud humana la que con toda su serenidad³ y regocijo adviene para inundar toda la

¹ Es sabido que el ego (o egoísmo racional) tiende a usurpar el lugar del espíritu y así el de la armonía cósmica, terrena y, humana.

² “Toda virtud es *afirmación gozosa*: que si niega, no lo hace por la negación misma, sino para hacer una afirmación mayor; que si exige renuncia, otorga recompensa” (Lerma, 2001:61).

³ Que no es simple quietismo, sino reciedumbre, valentía, energía.

existencia, disponiéndose cual pilar firme e indestructible en la vida. Esta ventura de ser alegre tiene la ventaja, como recuerda Lerma, de poseerse con independencia de los acontecimientos externos, de los momentos benévolos o aciagos, del vigor o la fatiga. Y esta es la dicha "...que se adquiere, conserva y acrecienta, por la educación, por *el cultivo terco de uno mismo.*" (Lerma, 2002:60). Sí, la alegría puede adquirirse a través de una espléndida formación personal. Esta alegría si puede retenerse, puede envolver incluso nuestra forma de ser. ¿Cómo se puede adquirir esta alegría? Sintiéndola, pensándola, buscándola, decidiéndonos por ella, "...hallando recursos para no sucumbir a la tristeza, descubriendo el lado optimista de las cosas...; comenzado y recomenzando con humildad y optimismo. No hay otro modo. Requiere esfuerzo, pero sólo donde hay esfuerzo propiamente orientado y sostenido, hay dignidad, libertad y paz." (Lerma, 2002:60).

Y ahí donde hay dignidad, libertad y paz, se encuentra el sentido profundo del cultivo de sí. Precisamente ahí, se halla la posibilidad de re-encontrar ese fondo inagotable en virtud del cual todo ser humano puede *ser*, justo al *dar-se* la opción de serlo. Es el fondo de la grandeza humana, de la posibilidad¹ cual novedad infinita. Se trata del fondo que al desfondarse derrama dulzura. Este fondo es el amor. Retornar al amor, he aquí la opción de la educación. He aquí la convocatoria abierta para una praxis irreductible a instrucción, enculturación o escolarización.

Sí, comprendemos, con Lerma, que la educación no da la alegría, pero si puede ofrecer recursos para acercarse a ella. Y entonces corresponder a lo más propio de cada ser humano. Esta posibilidad implica que la educación se abre a lo posible excelente: la dignidad personal, el carácter sacro de la vida, los derechos humanos de carácter pleno, la justicia seria, la fraternidad, la auténtica *philia* y, así a la igualdad, que no borra la distinción personal. Se trata de una educación que traspasa los límites impuestos por los mecanismos neuro-psicosociales, moviéndose entonces en su elemento: la libertad.

La libertad —de aprender, pensar, ser, vivir, crear- es decisiva para el espíritu alegre, lúcido, vital. Y la alegría es esencial en la creación de un ambiente de libertad, respeto, diálogo, participación y solidaridad. La educación que es un perenne ir de camino, un permanente aprender a vivir, sí que puede buscar los recursos para una formación personal capaz de retener el gozo de ser, la alegría de vivir. Educar en la alegría es, como bien aprecia Lerma, educar para el amor y la libertad. Hermosa misión de la "educación *poiética*", la que hemos encontrado.

Efectivamente, la misión que bien podría acentuar la posibilidad de transmutar la prosa de un mundo triste en excelsas sinfonías poéticas. Sí, la educación puede presentar motivos altos y generosos para esa formación personal siempre envuelta por la sabia virtud de ser alegre. El motivo más enaltecedor —aunque también el más sencillo- bien sería el de permitir buscar y encontrar lo que somos. Descubrir ese secreto, reencontrar nuestro tesoro: el amor de benevolencia, el amor que procura el bien de los otros, éste es el motivo.

El motivo de la misión educativa. He ahí la belleza libre, la belleza de(l) ser humano, la cual irradia amor infinito, infinito júbilo, infinita paz. Es la belleza que se experimenta cuando lo que es, despliega su naturaleza originaria. Precisamente, "así como las flores son más bellas cuando manifiestan su naturaleza original, los seres humanos alcanzan el pináculo de la belleza cuando expresan [lo más propio de sí]", (Kitaro, 1995:173). De lo dicho podemos deducir, así de pronto, que "el amor

¹ De acuerdo con M. Heidegger el ser humano es en *essentia* inesencial, posibilidad.

es el alma, el motor, la condición indispensable para educar [en la alegría], (Cardona, 2001:16).”

“Educar para el amor y en la libertad”

Educar es *poíesis*, es arte. Es tarea de auténticos *poietés*, de *magisters*, de abridores de caminos, de seres que dejan aprender, pensar, ser, vivir, crear. Seres que entienden su tarea como misión y comprenden su profundidad, educadores, por ende, con vocación de aprender *con* y no enseñar *a*. Profesionales que traen consigo un principio de respeto profundo, de amor filial y espontáneo hacia sus estudiantes, sólo por serlo. Sí, la cualidad más importante para educar es connatural a ellos.¹ Su amor por el otro es generoso, benevolente.

El buen amor, el amor honesto –como decía Aristóteles- consiste el querer el bien para el otro. Se trata del amor de benevolencia. Este amor al otro, en cuanto otro (seguimos aquí la lectura filosófica y ética de Cardona, expuesta en *Ética del quehacer educativo*²) es la fuente, el alma, al principio de toda acción educativa. “Sin amor no es posible educar” (Cardona, 2001:38). Educar es una tarea que no puede cumplirse sin la cooperación provista de la sabiduría y libertad de sus protagonistas; esto es, de los estudiantes y de los profesores. Para educar hay que apelar a la persona.

Sabemos que los educadores no son máquinas, medios audiovisuales u ordenadores preparados para auto-activar un conjunto de “programas internos” mediante los cuales podrían entrar en acción. Tampoco los estudiantes son *computers* en los cuales sería susceptible de introducir cúmulos de informaciones codificadas para luego pulsar determinados resortes y obtener respuestas deseadas. Más aún, educar, advertimos con Cardona, nada tendría que ver con el afán (tan común, no obstante) de elaborar una “moral de mínimos”: “una especie de normas de tráfico”, para evitar accidentes (teóricos o prácticos-instrumentales) y sobre todo, choques frontales.

Educar es una tarea ética, una acción personal, realizada por personas que se comunican con otras personas. Educar-se es un quehacer ineludiblemente personalizado, lo cual supone no tratar-se cómo fracción de una multitud, sino que implica un trato con personas únicas, irrepetibles, no contabilizables. Sólo en una multitud cada individuo se reduce a fracción, se sumerge en el anonimato que despersonaliza, que cosifica e irresponsabiliza. Empero, cuando un estudiante es interpelado personalmente puede responder con todo su ser y asumir plenamente la responsabilidad que libremente ha elegido: estudiar.

Por eso, lo primero que hace un educador auténtico es conseguir que su propia tarea sea un acto ético (que no moral-racional ni político-asimétrico), interactuando como persona entre personas. Este es un acto personal bueno en sí y en sus consecuencias. Se es entonces un buen profesor siendo un profesor bueno. Un *magister* se pone en juego íntegramente a sí mismo. Una máquina –medio

¹ Ese amor en los padres –apreciamos con Cardona- es eminentemente natural, en los profesores nace cual auténtico amor de benevolencia. Por ello, los educadores entran hasta cierto punto dentro de la esfera familiar. Toda institución educativa es una extensión del ámbito familiar. Justo por ello cuando el amor que procura el bien del otro subsiste en la *praxis* que corresponde, ésta se torna efectivamente en praxis educativa, de lo contrario se limita a ser instructiva, informativa.

² Tratamos de entretrejer aquí (con los “Trazos para una pedagogía de la alegría” y, a la par, con la tonalidad que hemos expuesto en lo particular en “XXX”, las tesis espléndidas que Carlos Cardona transpone en su obra *Ética del quehacer educativo*.

audiovisual, programa informático- no puede educar. Con tal instrumentación se logra, a lo sumo, instruir un poco.

Educar y aprender, decíamos en la introducción son tareas solidarias, simétricas, recíprocas. La reciprocidad entre educador y estudiante surge cuando este último se sabe personalmente querido, no tratado como un “sujeto de aprendizaje”, un “simple alumno”, un “receptor informático”; una fracción, en resumen. Esta sensible receptividad suscita de suyo, correspondencia de afecto. Ciertamente, apreciamos con Cardona, cualquier bien o regalo presupone el amor, que es lo que mueve a *dar*. Este amor de benevolencia como bien común, comunica, aunque no se diga, y comparte.

Aprender y educar son también tareas de amistad, de amor filial, de amor recíproco de benevolencia; amor libérrimo, generoso. La reciprocidad entre el estudiante y el educador es urgente, más que necesaria. Tiempo ha, que las ciencias que giran en torno a la tarea educativa han tendido no sólo a desvirtuarla, sino que han propiciado una distancia (que aún en la actualidad aparece como insalvable) entre los protagonistas de esa faena. No obstante, esta triste situación bipolar puede transmutarse, la alegría de aprender y el gozo que adviene con una enseñanza que da lo mejor de sí, pueden salvar, quebrar la escisión. La amistad entre profesores y estudiantes puede ser, puede darse.

La amistad implica una cierta igualdad (sí esa que no vela la diferencia, sino que la admira, la aprecia), pero además la genera. En efecto, no se puede dar amistad donde no hay un mínimo de igualdad, sin embargo, entre personas –por el hecho de serlo- la situación está salvada. El profesor, el estudiante, ambos tienen la misma posibilidad de dar(se en) amistad, ambos tienen infinito amor de benevolencia por desplegar. Amor que trae consigo la alegría, nota esencial de la comunicación educativa.¹

En suma, educar es una praxis humana, cuyo propósito es la constitución de seres cabales, responsables, íntegros. Y la única manera seria y sincera de participar en esta formación es realizándola en libertad, propiciando que cada estudiante sea capaz de valerse por sí mismo, dejando que tome sus propias decisiones, impulsándole a que asuma su autonomía y la ejercite. Sin el amor de benevolencia la praxis educativa, no sería tal, no sería libre. Para dar libertad hay que tenerla. Nadie da lo que no tiene. El quehacer educativo ha de estar impregnado por la libertad generosa del educador, así como la provista por el estudiante.

“Educar en la libertad y para la libertad” (Cardona, 2001:63) es el fondo ético de la tarea. Si, educar es dejar ejercitar la *libertad* –de aprender, pensar, ser, vivir, crear- *para* “... realizar de modo pleno el acto más propio de la libertad, que es el amor electivo... [la elección del fin].” (Cardona, 2001:63). Al respecto cabe recordar que la libertad es nuestra por amor y *para* el amor. Este es el sentido de la libertad que no vale confundir, porque nuestra libertad, Como bien advierte Cardona –de acuerdo con Víktor Frankl-, no es “libertad de” (como la de la fiera no enjaulada), sino que es justamente “libertad para”... elegir su finalidad, para decidir el fin de la misma vida.

“El [ser humano] es un ser para la libertad, (...) es definitivamente libertad”, (Cardona 2001:64) lo cual no significa condena² como cierta filosofía¹ vino a sugerir.

¹ “El gozo y la juventud del educador, se renueva por la novedad del gozo y la juventud del estudiante”.

² Si nuestra libertad fuese “libertad de” entonces podría derivar en tal cer-razón. Somos humanos, de ahí que no cabe buscar, sin más, librarnos de “ataduras”, lo que vale es defender la libertad que nos es más propia: la “libertad para”.

La libertad coincide con la esencia inesencial del *homo humanus*, esto es, coincide con su posibilidad de *ser*, de *dar-se* la oportunidad de enaltecer, con humildad y/o valentía, su dignidad. “La libertad es la propiedad esencial de la persona humana”. Es la “libertad para” dar amor. Un amor inconfundible con deseo o apariencia,² ya que el amor –de verdad (cual *aletheia*)- es muestra de libertad, que, de acuerdo con Cardona, es una elección generosa por la que se procura el bien de los otros. Este es el buen amor, el amor honesto, el amor de benevolencia.

Educar en libertad es dejar que cada estudiante asuma la responsabilidad de cuidar de sí, de cultivarse, de constituirse a sí, en tanto que artesano de la belleza de la propia vida. Y el cuidado de sí, implica el cuidado de los otros. Ya decíamos antes que el ser humano es amor; su tarea, reiterarnos, es llegar a ser... justamente humano, a reencontrar el sentido del amor pleno del que es partícipe. Ahora que “... sólo se es amor si se ama, si se quiere en libertad.” (Cardona, 2001: 69). Querer en libertad es querer el bien –para los demás. Esta es la esencia de la libertad. La educación que es *poiesis* sí que propicia esta comprensión.

Querer el bien para nuestros congéneres es el acto más puro de libertad, es lo que se llama dilección o amor electivo. La elección del fin –el bien en sí, el bien para los otros- es lo que sustenta la ética del obrar humano. La libertad como acto decidido hacia el bien en sí y por sí, es la base de la ética, de una “ética del corazón” que enseña a querer el bien de los demás, sin esperar algo a cambio. Ineludiblemente, no se puede éticamente hacer el bien ni siquiera “para ser bueno”. Se tiene que ser bueno para poder hacer el bien.³ La educación que traza su camino sobre este carácter ético deja que cada persona encuentre en la virtualidad de su espíritu la bondad que le corresponde como partícipe del amor más pleno.

El fondo de la ética es la libertad, no la necesidad de ser feliz. La tendencia a la felicidad es natural y necesaria: “nadie puede querer no ser feliz”, pero eso, dice el filósofo que proseguimos, no es aún el amor electivo del bien en sí y del bien para los demás. La ética trata de lo que es viable hacer libremente y no de lo que se hará en cualquier caso. Sin embargo, cuando la libertad se ejercita a plenitud, cuando no sólo se desea sino que se procura el bien de los otros, un resultado más que inesperado sobreviene: la felicidad. Efectivamente la felicidad es un resultado, nunca una intención. Ya decía Kierkegaard, vale recordar, que la felicidad tiene tales puertas que se abren sólo hacia afuera –es decir, hacia los otros. Quien intenta abrirlas hacia adentro, consigue, lo previsible: cerrarlas herméticamente.

Educar es participar en la formación de seres humanos íntegros que puedan darse generosamente a los demás. Por ende, educar es dar la mano para salir juntos del plano de la necesidad y entonces correr hacia ese horizonte infinitamente abierto que es la libertad. Así que educar es dar a cada uno lo suyo, ahora que “lo más suyo, lo más debido a toda persona por el sólo hecho de serlo... es el amor de benevolencia” (Cardona, 2001:99) el amor que permite querer a cada ser como persona.

Para el cumplimiento de este primordial precepto no es necesario adecuarse a una diversidad de “categorías” o “niveles”, para esto no hace falta estar más o

¹ La alusión es a la filosofía fenomenológica de Sartre.

² Cuando la alegoría que trae consigo la palabra amor se “ve” o “concibe” de otra forma –aquella que lo correlaciona con apetencia o deseo- traduce un deterioro precisamente de la forma (reductiva, para que más).

³ “Sólo el amor de benevolencia cualifica radical y éticamente al hombre como bueno. Y es ese amor el que lo personaliza. (...) Y es también aquel amor de libertad el que personaliza al otro ante uno mismo” (Cardona, 2001:100).

menos “dotado”. Respecto de la posibilidad de dar a cada quien lo suyo, como bien adviene Cardona, todos estamos dotados por igual. “... Aquí es donde verdaderamente todos somos iguales, aunque al final, según lo que cada uno haya hecho con su amor, podamos ser todos diferentes.” (Cardona, 2001:100). Pleno sentido el de la similitud (que no “identidad” o “semejanza”) y el de la diferencia el que se vislumbra en tal proposición.

Cuando el amor de benevolencia inunda el ambiente educativo “la alegría de la libertad” se vive en toda su expresión. Entonces ya no hay más rostros sombríos frente a “conocimientos” imposibles de aprehender, porque cordialmente se reconoce que el saber de cualquier tradición –cual indicio de un dinamismo que no cesa- no se resiste a ser aprendido, sino que invita a proseguir su movimiento. No hay más “alumnos” cabizbajos frente a evaluaciones de toda índole, y calificaciones que no corresponden a su dignidad. Menos aún, profesores que tengan que afrontar la desconsideración o el irrespeto de quienes no han madurado, fructificado como estudiantes, como personas.

La alegría de la libertad educativa se vive en el respeto, en la atención mutua, en la corresponsabilidad, en el compromiso que envuelve en una praxis vital, humana. Es la alegría del educador que deja aprender, pensar, ser, vivir, crear, dar. Y, a la par, la alegría del estudiante que se implica a fondo en la tarea en cuyo diseño ha participado, en la apreciación de su saber, su decir, su pensar respectivo. Es la alegría que vive, que se maravilla con el desbordamiento de los límites escolares, con los nuevos trazos del saber realizados por los estudiantes, por los educadores.

Nuevos frutos de saber, frutos de bondad¹ ética, de paz, de concordia, de justicia y de amor son los que sobrevienen con la educación que es plena, que es *poíesis*, arte vital. Son frutos de sabiduría. Sabiduría que no es un conocimiento cualquiera sino el saber que se alcanza en la alegría, en la libertad, en el amor que procura el bien. Amor de benevolencia, amor al bien de los demás, un don de sí, que hace de cada individuo una persona. Acto esencial de la libertad personal. ¿Qué más es este amor? Estamos en la respuesta, la intuimos, y discretamente nos alegramos con ella. Es la respuesta, la verdad que busca la filosofía que constituye el fondo de la ética del quehacer educativo.

La verdad del Amor a la Vida. Un amor que da frutos de sabiduría. La educación ha de ser sabia y lo puede ser, justo cuando su ambiente lo da la alegría, cuando su quehacer lo sustenta el amor honesto, cuando invita a aprender, pensar, ser, vivir, crear; amar, en suma, en libertad. “La educación requiere sabiduría y a la sabiduría se ordena al amor. (Cardona, 2001:115)”. Sabiduría y amor son las notas de la plenitud de vida cuya consecuencia inmediata es la alegría, que nada, ni nadie puede quitar, porque es una alegría que (se) cultiva, que permite sobreponerse, sobrepasarse de continuo. Es la alegría colmada, el desborde de la bondad que culmina en la creación, en cuya posibilidad está abierta la libertad de participar.

La alegría que invocamos es el alborozo sereno que se puede cultivar, porque es la alegría que optimista, cordial y afablemente crea un clima grato en el que es posible convivir y en el que, con naturalidad se despliega un trabajo fecundo. Este movimiento *allegro vivace* en educación favorece el cuidado, el cultivo de quienes le dan vida, los frutos son inmensos en consecuencia. La educación forma

¹ Bondad, nobleza, sentimientos que se dan lejos del afán de ventaja o conveniencia. Y que justo se dan en seres *libres* que se elevan por encima del “yo” y el “tú”, seres que han dejado de sentir que el “yo” sea la medida de todas las cosas. Son sentimientos que, como diría Nietzsche, hacen al alma magnánima, [a-] racional, dadivosa hasta el derroche.

profesionales de distintos campos, seres que de un modo u otro participarán en la formación de otros profesionales afines, de otros congéneres. La educación forma educadores. La trivialidad del hecho educativo es impensable.

Por una humanidad contenta

La educación, hemos apreciado con Fullat (1997) es un hecho apabullante que aparece con el hombre mismo. Emerge en aquel punto en que surge un *homo* con infinitas posibilidades de ser, pero que por lo pronto no tiene bastante, para tirar adelante, porque se halla perplejo, irresoluto y en menoscabado. La educación se hará cargo del desamparo, y al mismo tiempo, de las posibilidades. El resultado se incrustará más que en la biología, en la biografía, en el espíritu del *homo humanus*. La tarea no es trivial, es importante. Imposible implicarse en el quehacer educativo sin pensar en la proyección de la figura humana. Lo humano y lo educativo tejen una sola trama.

La educación, subrayamos una vez más, requiere sabiduría para afrontar el compromiso con el talante ético que corresponde. El talante que permitiría dar a cada uno lo suyo, esto es, lo más debido a toda persona por el sólo hecho de serlo: respeto, amor de benevolencia. Y así corresponder a la dignidad humana. Para ello la educación ha de involucrarse con una ética del corazón. Una ética que puede permitir encontrarnos en lo que somos. Una ética originaria que propulse el paso de la hominización a la humanización plena. El paso hacia una humanidad que pueda entenderse a sí, que decida cuidar de sí. Humanidad que de estar llena de vacío puede pasar a un estar llena de contenido, en virtud de lo cual cada ser humano podrá *estar contento*.

Se trata entonces del paso de una humanidad triste a una humanidad contenta, de un hombre lleno de vacío a un *homo gaudens*, un “hombre contento” invadido por la alegría que por sí ha cultivado. Alborozo que se traduce en alegría de vivir, en plenitud provista de la sabiduría y el amor. La educación puede efectivamente animar este paso, puede acompañar el camino que lleva al encuentro de sí. La educación cual praxis que corresponde a la dignidad humana, que propulsa la singularidad y la dignidad personal de cada ser que le da vida asume este compromiso vital.

Educar y aprender son tareas de vida. Educar es *poíesis*, arte vital. Aprender es vivir la maravilla de la libertad y, así del amor del que somos partícipes. Vivir es aprender a apreciar lo que somos. Aprender es el núcleo de la tarea educativa, por ello vale subrayar que aprender es aventura, riesgo, libertad de movimiento y, donde sí. Ciertamente, es la aventura en la que se arriesga la vida, la libertad, lo más propio de sí. Entonces, vale afrontar el riesgo y maravillarse. Sí, aprender es *thauma*, es maravilla, movimiento que como el saber empieza por la admiración (y no por la duda), por hallarse frente a algo que es y que no se sabe cómo y por qué ha llegado a ser y está siendo. Así que aprender, cual movimiento libre, se da no por necesidad, sino por libertad. Por ende, es deleite, re-creación viva. Es alegría.

Dejar aprender en la alegría es la posibilidad que reabre la educación *poiética*. Una educación que adviene para promover el valor de una alegría que interiormente ensancha y nos torna resplandecientes, que nos hace ricos y fuertes frente a todos los avatares del mundo. Una educación que forma personas alegres, personas que, parafraseando un decir de Lerma, pueden guardar la relación debida respecto de todas las cosas, que afrontan lo duro y difícil con fortaleza, y con valentía lo sobrepasan. Seres que obran por abundancia, por fuerza acumulada, no por

reacción.¹ Seres que pueden dar pródigamente a los demás sin empobrecerse nunca. Y, muy en especial, personas que pueden percibir lo bello en su verdadero resplandor.

La educación *poiética* es una educación cálida, cordial, humana, accesible, la cual quiere responder a la urgencia –que advirtiera el autor de *Ética del quehacer educativo*– de recuperar el sentido profundo de la persona. Y, así, de su destinación a la bondad como ejercicio pleno de la libertad. De ahí el ánimo para implicarse en la formación de seres capaces de querer, capaces de procurar el bien de los demás, superando la propia indigencia y necesidad. Seres, por ende, capaces de dar; he ahí su grandeza tan sencilla y valerosamente humana. En suma, personas con excedencia de ser y de obrar. Seres felices por consecuencia sinceramente inesperada.

Referencias

- Cardona, C. (2001). *Ética del quehacer educativo*. Madrid: Rialp.
- Fullat, O. (1997). *Antropología filosófica de la educación*. Barcelona: Ariel,
- Kitaro, N. (1995). *Indagación del bien*. Barcelona: Gedisa,
- Lerma, H. (2002). “Trazos para una pedagogía de la alegría”. *Istmo*. 44(258), 58-61.
- Nietzsche F. (1966). *La gaya ciencia*. En *Obras completas*. Vol. III. Buenos Aires: Aguilar
- Salinas, P. (1998). *La voz a ti debida*. Buenos Aires: Losada.
- Suances, A.M (1999). “El “irracionalismo: la razón bajo sospecha”. En *Filosofía y cultura*. Madrid: S. XXI.

¹ Seres con valor (justo lo que equivaldría a la cuantía de poder, de poder ser libre, de poder crear...), según una proposición alegórica de *La voluntad de poder* (Nietzsche, *Obras completas*, Vol. IV).